



LA ASOCIACIÓN GREGORIANA.

ESTA sociedad existe desde el año de 1866 y está compuesta de todos los individuos que pertenecieron al Colegio de San Gregorio hasta su clausura. El primer aniversario de su instalación se celebró el día 12 de Marzo de 1866 con un banquete á que concurrieron más de trescientos gregorianos. Esta reunión tuvo un carácter especialísimo, porque se juntaban bajo un mismo techo, después de algunos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEC
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

años, y después de muchas vicisitudes, ya en edad madura, todos los antiguos compañeros de colegio.

En ninguna otra reunión podría hacerse mas patente ni la versatilidad de la fortuna, ni la diversidad de caracteres y aptitudes en un grupo determinado de la sociedad. Se sentaron á la misma mesa el abogado y el pintor, el músico y el general, el propietario y el dependiente, el presbítero y el libre pensador, el alto magistrado y el desheredado de la suerte.

La sola inquisición confidencial que tenía por objeto enterarse de la posición social de cada cual de los presentes, dividía á aquella reunión en pequeños y grandes grupos, animados todos con una charla llena de emociones y novedades, de sorpresas y congratulaciones. Renacían los afectos de colegio, se exhumaban los apodos perdidos, se recordaban las travesuras, se abrazaban con efusión, perdiendo su natural gravedad, dos eminentes jurisconsultos, ó dos adversarios políticos; volvían á encontrarse dos

condiscípulos compañeros en travesuras y vida de colegio, trasformados uno en general del ejército y otro en músico de un regimiento.

Se mezclaban con agradable sorpresa, respecto á algunos individuos, la antigua idea de un «perdulario» ó un «modorro,» con la fama y el renombre actual y la alta posición social del trasformado. Los recuerdos de la primera juventud que tienen siempre para el hombre maduro tantos encantos íntimos, y sobre los que cavila aisladamente cuando empieza á vivir de su pasado, se evocaban en grupos, en coro, de mancomún; como retrocediendo todos juntos, al amor de las memorias juveniles, á las horas de colegio, que se perdieron para siempre.

Tal cúmulo de impresiones y de sentimientos, cerrando un paréntesis de veinte años, y tal exhuberancia de recuerdos, no podían menos de formar el elemento moral indestructible de una asociación.

Al calor del sentimiento que renacía en aquellas almas que se habían amado jóve-

nes, y con todo lo que aquellas efusiones tenían de sinceras, brotaban naturalmente la bondad y la filantropía; porque la intuición moral en todo lo que tiene de pura, acerca al hombre á la justicia, y la justicia es á su vez condición inherente de la perfectibilidad.

Resaltó el desnivel sensible en las fortunas, y los socios nos cuotizamos. Desde entonces nos reunimos cada día 12 de Marzo, y desde entonces estamos los gregorianos socorriéndonos los unos á los otros. Ningún gregoriano ha invocado inútilmente hace diez y ocho años á la asociación, y los recuerdos de colegio han producido ya algo más que sueños del pasado.

Como es muy natural, año por año ha ido disminuyendo el personal de la asociación, al grado que este último día 12, no hemos podido reunirnos más de sesenta. Han muerto catorce socios el año pasado.

En esta proporción, y aún sin contar con que por razón de la edad la disminución será progresiva, esta sociedad está destinada á

desaparecer dentro de breves años, no por la razón porque desaparecen generalmente entre nosotros las asociaciones, sinc por la razón mas poderosa de todas: por la muerte; á menos que empiecen á ingresar desde ahora á la sociedad los hijos de los gregorianos.

Previendo el fin de la asociación, nuestro último banquete ha asumido no sé qué carácter de melancolía y de grave contemplación al oír la lista de los muertos. Yo propuse que se deposite una botella de vino destinada á «los dos últimos gregorianos» que comerán juntos un 12 de Marzo de no sabemos qué año, y en vez de nombrar mesa directiva, como lo hacemos al fin de cada banquete anual, guardarán el libro de actas y el archivo de la sociedad que habrá terminado allí su vida.

Es de reglamento brindar cada año por los muertos, por los desgraciados, por los ausentes, por los superiores del Colegio y por la prosperidad de la asociación.

Fuí nombrado para hablar de los ausentes y he aquí mi brándis:

LOS AUSENTES.

I.

Sin saber cómo ni cuándo,
Envueltos en bruma densa
Desde una distancia inmensa
Vamos al mundo llegando.
Nos encontramos llorando
En la vasta soledad
Y en medio á nuestra orfandad
Tendemos todos las manos,
Para unirnos como hermanos
En dulce fraternidad.

II.

Es natural: el destino
Lo quiso así, por fortuna,

Para salvar una á una
Las malezas de un camino
Donde cada peregrino,
Lleno de angustia y pavora,
Buscar amparo procura
A trueque de darlo él mismo;
Pues está cerca el abismo
Y muy lejos la ventura.

III.

¡Extraña senda, en verdad,
Es esta senda de horrores!
Por todas partes dolores,
Desdicha y adversidad.
Por eso en nuestra ansiedad
En este mísero suelo,
Nuestro más constante anhelo
Es ese amparo sagrado,
Porque amar y ser amado
Es el más grande consuelo.

IV.

Y cuando fuertes y unidos
La jornada comenzamos,
Animosos caminamos
Con la dicha entretenidos;
Confiados, inadvertidos,
Y alguna vez indolentes,
Vamos todos los presentes
Abarcando con la idea
El grupo que nos rodea,
Sin pensar en los ausentes.

V.

Hé aquí el primer desazón
Que en la jornada resalta:
La triste voz de «uno falta»

Oprimiendo el corazón.
Y la severa razón,
Que la falta aquella advierte,
Tiembla ante la varia suerte
De la mísera existencia,
A los golpes de la ausencia
Y á los golpes de la muerte.

VI.

Y vamos los peregrinos
Surcando nuestros senderos,
Como surcan los romeros
La tierra de los caminos.
Los arroyos cristalinos
Calman nuestra sed, es cierto,
Al correr de huerto en huerto
Buscando paz y ventura,
Pero ya con la amargura
De algún ido ó de algún muerto.

VII.

¿Quién no lleva el alma herida,
Aunque ría y aunque cante,
Por el recuerdo constante
De dolorosa partida?
¿Quién se libra de la vida
En este camino incierto,
Previsivo ó inexperto,
Gozando de humano trato
En el momento más grato
De que le toquen á muerto?

VIII.

Son tributo indefectible
De nuestra pobre existencia
Las lágrimas de la ausencia
Y las de la muerte horrible.
Suprimir es imposible,
A pesar de nuestro afán,

Esta cruz que aquí nos dan,
Pues nuestro calvario hicieron
Las cruces de los que fueron,
Y la cruz de los que van.

IX.

Y pues que la vida entera
Con sus cambiantes sin cuento,
Ha de amargar el memento
De ausencia ó de muerte artera,
Si la antorcha pasajera
De la dicha terrenal
Se apaga por nuestro mal,
Al irse los que nos aman,
Es que los muertos nos llaman
Con acento sepulcral.

X.

Idos, que así nos llamais
Con tan estridente nota

Desde una región ignota
Donde en vano nos buskais;
Sé bien que nos esperais
Do quiera que esteis presentes;
Que el destino de las gentes
Es uno en la estirpe humana,
Esperad; porque mañana
Seremos de los ausentes.

XI.

Y puesto que aquí no están
Algunos, y así resalta
A nuestros ojos su falta
Pues se fueron ó se van,
Y como acaso serán
Más que nunca infortunados,
O enfermos, ó desterrados,
De sus hermanos ausentes,
Que el brándis de los presentes
Alcance á los desgraciados.

XII.

A mí, desde muchos años
Me han amargado la vida
Una herida y otra herida
De ausencias, duelos y engaños:
Y he sufrido tantos daños
Y he perdido tantas gentes
Con ausencias tan frecuentes,
Que en mi dolorosa calma
He levantado en mi alma
Un altar á los ausentes.

